

BOYACA

Discurso pronunciado por el Dr. Julio César García, en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, el día 7 de Agosto, en representación de la Academia de Historia.

De la Historia se ha dicho que comoquiera que se escriba place y de ciertos hechos que marcan jalón en la vida de las naciones se dirá que el más elocuente discurso acerca de ellos será aquel comentario sin palabras que nos hincha el pecho, forma con la voz un nudo en la garganta y nuestros ojos hace brillar como ascuas mientras una furtiva lágrima de emoción los humedece.

Actos como el que hoy conmemoramos llevan en sí mismos su mejor encarecimiento, y el corazón que más intensamente los sienta más desazonado se verá en la impotencia de traducir con palabras el fuego de su pasión, pues siempre fue el lenguaje humano molde demasiado estrecho para vaciar en él los entusiasmos de nuestra alma.

Boyacá es cumbre a que no alcanzan sino las águilas, inaccesible aun para la contemplación de los meros aficionados, pues la aureola mítica que la envuelve apenas permite observar, desde el montículo en donde el historiador se coloca, fases aisladas, mas nunca toda la grandeza del momento y la extensión incalculable de sus resultados.

Las consecuencias de la batalla que por ellas se hizo inmortal, pues de otro modo no merecería sino pasajera mención en las gestas famosas, están por escribirse en el desarrollo que ha de alcanzar nuestra República al amparo de instituciones sabias y mandatarios rectos y al empuje de una raza batalladora, cuando llegemos a la convicción de que actos como aquél no en vano se escribieron en el designio de la Providencia, para que a la sombra de una libertad tan querida las entrañas de la Patria alimento sean de los enconos de sus hijos.

Cuando este oprobio deje de suceder y en los guerreros ínclitos que hace una centuria abrían con sus lanzas el camino de la emancipación, por donde la libertad corrió triunfante, tomemos el ejemplo de cómo se sirve a la Patria, podrá escribirse en libros de oro la enumeración

de consecuencias de la gran batalla, enumeración que en este mismo recinto empezarán mañana plumas jóvenes, maduras ya para las severas disciplinas de investigación y de crítica y mojadas en las aguas limpias y tonificantes de los maestros del idioma.

Bolívar es el centro de aquellos ensayos que tanto honran a nuestra *alma máter*, como genitora espiritual de jóvenes que así avivan en sus pechos el fuego sagrado del reconocimiento a nuestros libertadores: La visión profética que en un principio pudo calificarse de locura en Casacoima; la presteza en la acción, clave del éxito feliz; la comprensión rápida de los hombres apropiados para cada uno de los pormenores de la lidia; el indomable y aun temerario tesón, espuela para los decaídos y espejo para los más ardientes; la espada que dondequiera se esgrime hace asomar una estrella que irradia el campo de la esperanza en el camino de la libertad, todo aparece allí como un presagio de la victoria.

Y una vez ésta obtenida, las consecuencias que quizás en la madurez de la República se puedan apreciar íntegramente, pero cuya enumeración apenas se inicia. La independencia que, como dón máspreciado que el oro de las cajas reales, dejan al huír despavoridos Sámano y sus satélites en el mismo campo que vio sus manos criminales bañadas en la sangre de las víctimas propiciatorias de la libertad; el júbilo de todos que en sonora apoteosis se traduce para Bolívar y sus compañeros, y de aquél hace el ídolo para los mismos que antes escarnecían su recuerdo con calumnias infames; la organización de un Gobierno civil, que aseguró el éxito de las armas con sus oportunas providencias, bajo las órdenes de Santander, joven de 27 años no bien experimentado aún, cuya designación en aquellas circunstancias es considerada como uno de los actos geniales del Libertador; la constitución del más "poderoso, el más heroico, el más bello de los Estados latinos de la América", ideal político por cuya realización se suman los esfuerzos militares del Padre de la Patria a sus singularísimos recursos de elocuencia para convencer, traducido en esplendorosa realidad por medio de una frase, para gloria nuestra proferida por el más ilustre de los hijos de Medellín: "La República de Colombia queda constituida. ¡Viva la República de Colombia!", dijo Zea al

poner su firma al pie de la Ley fundamental de la Gran Colombia que en Angostura se expidió el 17 de Diciembre de 1819.

Para qué seguir: las armas de la República fueron después de Boyacá confirmadas en el triunfo desde Carabobo hasta Ayacucho; las potencias europeas y la patria de Washington admitieron el hecho consumado de nuestra emancipación y el mismo D. Pablo Morillo se resignó a parlamentar con los llamados insurgentes de igual a igual, pues no se ocultaba a su soberbia la superioridad de nuestro Libertador insigne y en carta dirigida al Ministerio de la guerra de Madrid, le decía en Septiembre de 1819: "Bolívar en un solo día ha acabado con el fruto de cinco años de campañas y reconquistado en Boyacá lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates".

¿Permitiréis ahora que considere el cambio de rumbo en la política europea con relación a nosotros como consecuencia inmediata e inequívoca del triunfo de Boyacá? La Academia Antioqueña de la Historia, cuya voz llevo indignamente, encargará a un internacionalista consumado y fervoroso admirador de glorias que muy a fondo conoce el estudio de las consecuencias internacionales de nuestra magna acción de guerra, y él nos dirá en sus pormenores la génesis de nuestra amistad con los pueblos cultos de América y Europa. A mí me bastará exhibir un plan, fraguado en armonía con los propósitos de la Santa Alianza, que la victoria de Bolívar frustró completamente, así como obligó a la diplomacia europea a reconocer que éramos un pueblo maduro no sólo para la conquista de la libertad sino para su afianzamiento y goce moderado.

En correspondencia del Marqués de Osmond, Embajador francés en Londres, que Villanueva cita (102 y siguientes de la obra "Bolívar y San Martín"), se habla de la conveniencia para España de aceptar una Monarquía en Buenos Aires y Chile como único medio para mantener sometidas sus colonias desde el Perú hasta Méjico, la Nueva Granada y Venezuela inclusive. Desde luego la Península podía contar con el apoyo de Francia e Inglaterra para tal fin. Pero un informe del Embajador francés en Washington, Mr. Serurier, escrito el 20 de Abril de 1818, es a este respecto más elocuente, pues en

él se inicia el plan completo de intervención de la Santa Alianza en la política de América y entre las bases que propone se leen las siguientes:—“7^a La Capitanía General de Venezuela y el Virreinato de Nueva Granada, ocupados por Morillo, quedarán sometidos a España; pero se les dará la libertad comercial con las reservas necesarias a las exigencias comerciales e industriales españolas. —8^a Si estas colonias se oponen a quedar sometidas a la Metrópoli, se las constituirá en Monarquías constitucionales, bajo las condiciones expresadas para Buenos Aires”. (Archivos del Gobierno francés, “Amerique”, Memoires y Documents, N.º 34, citado por Villanueva).

Quien tales propuestas hacía había sido el más entusiasta propagandista por nuestra emancipación en los Estados Unidos y del Presidente Madison había obtenido una declaración elocuente ante el Congreso, favorable a la independencia de las colonias españolas; pero se había decepcionado de nosotros al vernos debatir de modo estéril en luchas intestinas y había llegado a convencerse de que sólo merecíamos un régimen de fueros locales, pero de ninguna manera estábamos preparados para instituciones republicanas. Engaño evidente el suyo como vendría a demostrárselo la unión de todas las fuerzas vivas para obtener la independencia de cinco naciones y la organización admirable de esas mismas naciones al amparo de una democracia vigorosa y sana.

En suma, Boyacá es la epifanía de Colombia, y justo es que en días como éste, en que los hijos todos se congregan para festejar a la madre, depongamos todo encono y ante ella, inflamados en el amor que nos inspira, prometamos la alianza del respeto a su majestad augusta y del común afán por su engrandecimiento.
